

## THÈRÈSE MARTIN GUÉRIN (TERESA DE LISIEUX)

Era el 2 de enero del año de gracia de 1873. Hacía un frío tremendo en la ciudad de Alençon, en la Normandía francesa. En el hogar de los esposos Martín-Guerin había ya bastantes hijas, pero, cuando les nació María Francisca Teresa, la verdad es que el alma se les llenó de gozo. No sabía entonces por qué, pero lo cierto es que la niña, a pesar de la mala salud de doña Celia Guerin cuando la alumbró, dio la impresión de ser una criatura fuerte que iba a luchar como un menudo campeón para que la vida le saliera adelante.



A doña Celia casi le costó la vida este nacimiento de Teresita. Moriría doña Celia unos pocos años después. Y Teresita quedó librada a la atención y el cariño de su hermana Paulina, a quien Teresita llamaría siempre "mi madrecita". Fue Paulina de hecho quien preparó a Teresa en los meses previos a su comunión. Fue Paulina la que le vino a descubrir que, en los caminos de Dios, hay llamadas y llamadas. Algunas son irresistiblemente impetuosas. Quizás fue una conversación así la que le abrió a Teresa un horizonte de entrega que acabaría con sus jóvenes huesos en el Carmelo.

Paulina había profesado en el Carmelo de Lisieux. La tarde de esa profesión de Paulina fue para Teresa la tarde de una tremenda depresión. Se le vino el alma al suelo. Tuvo la sensación horrible de que había perdido a Paulina para siempre. Y la enfermedad anidó en Teresita y la condujo poco menos que a la sombra de la muerte. Y fue entonces cuando Ella -la Virgen de la Sonrisa- vino a sonreírle y a crearle un espíritu de fortaleza que la convirtió en un dulce y poderoso guerrero. Lo que pudiera sucederle en la vida de ahí en adelante, siempre la encontraría con las armas en la mano. Se enamoró de la tremenda figura de Juana de Arco. Imaginó ella que, en la pelea por la santidad, también a ella se le encomendaba la fidelidad absoluta al amor por su Rey más

verdadero. De niña, su padre la llamó siempre "mi reinecita". Y ella lo llamaba "mi rey". Pero el Rey de verdad empezaba a ser el Cristo que la estaba reclamando al Carmelo. Tanto como había reclamado a Paulina. O a María, la hermana mayor.

Teresita viaja a Roma. Pide permiso personal al Papa para entrar en el Carmelo de Lisieux a los quince años. Le cuesta un esfuerzo increíble conseguir esta hermosa osadía. Y la consigue y entra al Carmelo. Donde las jornadas de la perfección se le acumulan. Hay alguien que tiene prisa en que Teresita culmine una poderosa cima de santidad. Ama intensamente. Ama con un amor enloquecido. Se entrega a las aspiraciones más absolutas: quiere ser a la vez apóstol y misionero y eremita en los desiertos y predicador en todos los rincones del mundo. Especialmente en los rincones en que todavía no haya sido pronunciado nunca el nombre de Jesús. Quiere ser mártir. Siempre supo que moriría joven. Siempre supo que estaba preparada para esa llegada nupcial del Esposo.

Siempre supo que su muerte no sería una muerte plácida, sino una muerte temblorosa e insegura. Porque, en su afán por incorporar a su experiencia toda la experiencia de amor y de dolor de Jesús, estaba segura de una agonía similar a la de Cristo en la noche de los Olivos: "Ni pizca de sosiego. Ni pizca de con suelo".

El 30 de septiembre de 1897, a la caída de la tarde, la monja Teresa del Niño Jesús, Carmelita Descalza, dijo solamente cuatro palabras: "Dios mío, os amo". Un sol de eternidad alumbraba tímidamente su rostro. Qué podía dar de sí en orden a la espiritualidad una vida tan corta y tan sencilla como, aparentemente, fue la vida de Teresa de Lisieux? Correría grave riesgo de engaño quien creyera que Teresa de Lisieux es solamente "Teresita": una santa en miniatura, una santa de las cosas menudas escasamente importantes y peligrosamente románticas. Teresa de Lisieux es un espíritu adulto, un espíritu muy serio, una escritora que lleva por debajo de su literatura la sangre viva de quien entendió al Señor como una exigencia cotidiana que es capaz de no dejar en sosiego ni el pensamiento ni el aliento poético ni la generosidad de una entrega por encima de toda debilidad o fácil consentimiento. Hay un momento en la vida de Teresa de singular importancia: aquella hora en que Teresita, en el claustro de Lisieux, se

dispone a cumplir el amoroso mandato de su Madre Priora: que escriba, que cuente la historia de su vida, que apunte sus pensamientos. Y ella, que no conocía aún sus grandes condiciones de escritora, redacta un libro tembloroso de sinceridad al que llama muy instintivamente "historia de un alma". Era verdad: Teresita desnudaba su alma y hacía frente amoroso a muchos de sus más escondidos pensamientos.

Teresita tiene el buen gusto de no asombrarnos con sus conocimientos profundos. No los tiene. Ni siquiera posee una cultura libresca a la que podría haber echado mano cuando la pluma se le retorciera sobre el modesto papel en que apuntaba sus palabras. Teresita abre el alma y la memoria. Como los mejores escritores de memorias personales, Teresita es de una sinceridad casi febril: lo suelta todo, lo dice con estilo muy directo, hace filigranas de sencillez. Se pone en manos del Evangelio, que es su gran fuente de inspiración. Se pone en el alma y el espíritu de un oleaje carmelitano que va desde su maestro y padre San Juan de la Cruz hasta lo que le rezuma de aquel espíritu insobornable de su Madre Santa Teresa. Los leyó hasta el agotamiento. Los reflexionó apasionadamente. Los convirtió en masa de su pan de cada día. Y de ellos sacó también mucho del aire poético que encontramos en los versos de Teresita. Y, sobre todo, en las conversaciones de Teresita -ésas que han quedado impresas en sus palabras postreras: alguien, felizmente, se encargó de recoger aquellos suspiros finales de una de las almas más sutiles que ha podido dar la espiritualidad cristiana. Y, para completar el círculo de sus mejores manifestaciones, repásese el epistolario: se volcaba ella cuando escribía a su hermana Celina o a sus hermanos sacerdotes o a quienes, en un determinado momento, pudiera estar a la espera de sus palabras.

Lo que de mejor tiene esta doctora de la Iglesia -fue un gozo singular que el Papa Juan Pablo II hiciera de este doctorado una declaración solemne en la plaza del Vaticano- es que nos lleva y nos trae por su hermosa literatura sin necesidad de encerrarnos en un libro solo. El lector puede ir de la historia de su alma a los versos de su espíritu y a la fervorosa entrega en cualquiera de sus cartas. Nos puede admirar el prodigio casi niño y bello de su redacción y el aire volátil de sus últimas palabras. Todo en Teresa de Lisieux -los más hermosos veintitrés años de la historia de la santidad- tiene sabor a esa

"filigrana del Espíritu" de la que habló un día el intelectual francés Emmanuel Mounier.

Eduardo T. GIL DE MURO